

vive haciendo costas, abusa del procedimiento y pleitea. En una palabra, que tiene muchos quebraderos de cabeza, y, por lo tanto, cuando se encuentra un hombre notable entre los procuradores de provincias, puede decirse que es un ser verdaderamente superior.

—Caballero, yo creía que me había usted mandado llamar para sus negocios—respondió Petit-Claud, convirtiendo esta observación en un epigrama, mediante la mirada que lanzó á las impenetrables antiparras del gran Cointet.

—Nada de rodeos—replicó Bonifacio Cointet;—escúcheme.

Después de este dicho, que parecía lleno de confidencias, Cointet fué á sentarse en un banco, invitando á Petit-Claud á imitarle.

—Cuando el señor del Hautoy pasó por Angulema en 1804 para ir de cónsul á Valencia, conoció aquí á la señora de Senonches, que se llamaba señorita Ceferina, y tuvo de ella una hija...—dijo Cointet en voz baja al oído á su interlocutor.—Sí—repuso al ver que Petit-Claud se encogía de hombros,—el casamiento de la señorita Ceferina con el señor de Senonches siguió inmediatamente á este parto clandestino. La hija habida, educada en el campo, en casa de mi madre, es la señorita Francisca de la Haya, cuyo cuidado está confiado á la señora de Senonches, la cual, según costumbre, es su madrina. Como mi madre, arrendataria de la anciana señora de Cardanet, la abuela de la señorita Ceferina, poseía el secreto de la única heredera de los Cardanet y de los Senonches, me encargó que manejase la pequeña suwa que D. Francisco de Hautoy destinó en aquella época á su hija. Yo hice mi fortuna con sus diez mil francos, que ascienden hoy á treinta mil. La señora de Senonches supongo que le dará un buen ajuar y algún mobiliario á su pupila, y yo puedo conquistarle á usted esa muchacha, hijo mío—dijo Cointet á Petit-Claud dándole un golpecito en el muslo.—Casándose con Francisca de la Haya, aumentará usted su clientela con toda la aristocracia de Angulema, y esta alianza le deparará un magnífico porvenir... La posición de un abogado-procurador les parecerá bastante: yo sé que no aspiran á más.

—¿Qué es preciso hacer?—dijo ávidamente Petit-Claud, —porque usted tiene por procurador al señor Cachán.

—Sí, y como no puedo dejarle bruscamente, usted tendrá

mi clientela más tarde—dijo astutamente el gran Cointet.—Lo que es preciso hacer, amigo mío, es tomar á su cargo los negocios de David Sechard. Ese pobre diablo tiene que pagar mil escudos en letras, y como no podrá pagarlos, usted le defenderá haciendo que las costas asciendan á una suma considerable... No tenga usted cuidado, adelante, y amontone incidentes. Doublón, mi alguacil, que está encargado de obrar bajo la dirección de Cachán, no se dormirá. Al buen entendedor, media palabra le basta. ¿Y ahora, joven?...

Cointet hizo una elocuente pausa, durante la cual aquellos dos hombres se miraron, y después repuso:

—Nosotros no nos hemos visto nunca, yo no le he dicho á usted nada y usted no sabe nada del señor del Hautoy, de la señora de Senonches y de la señorita de la Haya. Únicamente que, cuando sea tiempo, dentro de dos meses, pedirá usted la mano de esa joven. Cuando tengamos que vernos, vendrá usted aquí por la noche; pero nada de escribir.

—¿De modo que quiere usted arruinar á Sechard?—preguntó Petit-Claud.

—Arruinarlo, no; pero es preciso meterlo en la cárcel algún tiempo.

—¿Con qué objeto?

—¿Me cree usted tan tonto que vaya á decirselo? Si tiene usted talento para adivinarlo, ya lo tendrá también para callarse.

—El padre Sechard es rico—dijo Petit-Claud asociándose á las ideas de Bonifacio, y viendo en esto un grave inconveniente para sus planes.

—Mientras el padre viva, no dará un céntimo al hijo, y ese ex tipógrafo me parece que no tiene aún ganas de morir...

—Entendido—dijo Petit-Claud decidiéndose en el acto.

—No le pido á usted garantía, porque soy procurador, y si usted me engañase, nos veríamos.

—El pillastre irá lejos—pensó Cointet al despedirse de Petit-Claud.

Al día siguiente de esta conferencia, el 30 de Abril, los hermanos Cointet hicieron presentar la primera de las letras falsificadas por Luciano. Por desgracia, el efecto fué entregado á la señora Sechard, la cual, al reconocer la imitación

que Luciano había hecho de la firma de su marido, llamó á éste y le dijo á quemarropa:

—Tú no has firmado esta letra, ¿verdad?

—No; tu hermano estaba tan agobiado, que ha firmado por mí.

Eva devolvió la letra al cobrador de la casa Cointet hermanos, diciéndole:

—No podemos pagar.

Y acto continuo, sintiéndose desfallecer, subió á su cuarto, seguida de David.

—Amigo mío—dijo Eva á su marido con triste voz,—corre á casa de los señores Cointet á ver si quieren tenerte consideración. Ruégales que esperen, y adviérteles que al renovar el arriendo de Cerizet podrán cobrar mil francos.

David se fué en seguida á casa de sus enemigos. Un director de imprenta siempre puede llegar á ser impresor; pero un hábil tipógrafo no siempre es negociante; de suerte que David, que conocía poco los negocios, quedó cortado ante el gran Cointet cuando, al darle excusas, con la garganta seca y el corazón palpitante, recibió esta respuesta:

—Esto no nos interesa nada. Nosotros hemos recibido la letra de Metivier, y éste nos pagará. Dirjase usted á él.

—¡Oh!—dijo Eva al conocer esta respuesta;—toda vez que la letra vuelve á manos del señor Metivier, podemos estar tranquilos.

Al día siguiente, Víctor Angel Hermenegildo Doublón, alguacil de los señores Cointet, hizo el protesto á las dos de la tarde, hora en que la plaza del Murier estaba llena de gente, y á pesar del cuidado que tuvo de hablar en la puerta con Mariana y Kolb, aquella misma noche todo el vecindario de Angulema tenía conocimiento del hecho. Por otra parte; las formas hipócritas de maese Doublón, á quien el gran Cointet había recomendado el mayor sigilo, ¿podían salvar á Eva y á David de la ignominia comercial que resulta de una suspensión de pagos? ¡júzguese! Aquí, las prolijidades van á parecer demasiado cortas. De cada cien lectores, noventa se sentirán interesados con los siguientes detalles, como con la novedad más picante, probando así una vez más la verdad de este axioma: «No hay nada menos conocido que lo que todo el mundo debe conocer: ¡LA LEY!»

Ciertamente que á la inmensa mayoría de los franceses, el mecanismo bien descrito de una de las ruedas de la banca

les inspirará el interés de un capítulo de viaje á un país desconocido. Cuando un negociante envía, de la población en que tiene su establecimiento, una letra á una persona que vive en otra distinta, como David estaba reputado de haberlo hecho para favorecer á Luciano, cambia la operación tan sencilla de un efecto suscrito entre negociantes de la misma localidad para asuntos comerciales, en algo que se parece á la letra de cambio girada desde una plaza sobre otra. Al tomar las tres letras de Luciano, Metivier, para percibir su importe, se veía obligado á enviarlas á sus corresponsales los señores Cointet hermanos. De aquí una primera pérdida para Luciano, designada con el nombre de *comisión por cambio de plaza*, y que se había traducido en un tanto por ciento aumentado á cada efecto, además del descuento. Los efectos Sechard habían pasado, pues, á la categoría de efectos de banca. Vosotros no podéis imaginaros hasta qué punto cambia la condición del deudor ante la entidad banquero, unida al augusto título de acreedor. Así, en *banca* (fijaos bien en esta palabra), tan pronto como un efecto transmitido de la plaza de París á la de Angulema queda sin pagar, los banqueros quedan obligados á presentarse á sí mismos lo que la ley llama una *cuenta de resaca*. Equívocos aparte, jamás los novelistas han inventado cuento más inverosímil que este, pues he aquí las ingeniosas bromas á que da lugar cierto artículo del Código de comercio, cuya explicación os demostrará las muchas atrocidades que se ocultan debajo la terrible palabra *¡legalidad!*

Tan pronto como Doublón hizo registrar el protesto, lo llevó á aquella poderosa casa, la cual ganaba de este modo algo en cada acta, un nada, una miseria, un franco cincuenta céntimos por cada *protesto*. El gran Cointet ocupó tranquilamente el sillón de su despacho y tomó una hoja de papel timbrado de treinta y cinco céntimos, al mismo tiempo que hablaba con Doublón, á fin de tener por él informes fidedignos de todos los comerciantes.

—Doublón, ¿necesita usted dinero?

Pero, todavía no es esto todo: Doublón favorecía con una rebaja á aquella poderosa casa, la cual ganaba de este modo algo en cada acta, un nada, una miseria, un franco cincuenta céntimos por cada *protesto*. El gran Cointet ocupó tranquilamente el sillón de su despacho y tomó una hoja de papel timbrado de treinta y cinco céntimos, al mismo tiempo que hablaba con Doublón, á fin de tener por él informes fidedignos de todos los comerciantes.

—¡Conque está usted contento del pequeño Gonnerac?
 —No va mal. ¡Diantrel!
 —¡Ah! lo cierto es que tiene trabajo. Me han dicho que su mujer le originaba muchos gastos.
 —¿A él?—exclamó Doublón con socarronería.
 Y el cancerbero, que acababa de arreglar su papel, escribió en letra redondilla el siniestro epígrafe debajo del cual extendió la siguiente cuenta. (Sic.)

CUENTA DE RESACA Y COSTAS

Mi efecto de MIL FRANCOS fechado en Angulema el 10 de Febrero de 1822, suscrito por SECHARD HIJO, á la orden de LUCIANO CHARDÓN, llamado DE RUBEMPRÉ, endosado á la orden de METIVIER y á la nuestra, vencido el 30 de Abril último y protestado por DOUBLÓN, alguacil, el 1.º de Mayo de 1822.

Principal..	1,000'00
Protesto.	12'35
Comisión á medio por ciento.. . . .	5'00
Comisión de corretaje de un cuarto por ciento.	2'50
Timbres.	1'35
Intereses y portes de cartas.	3'00
	<hr/>
	1,024'20
Cambio de plaza á uno y cuarto por ciento de 1,024'20..	13'25
	<hr/>
	1,037'45

Mil treinta y siete francos cuarenta y cinco céntimos, de cuya suma nos reembolsamos con nuestra letra á la vista contra el señor Metivier, calle de Serpente, en París, á la orden del señor Gonnerac del Houmeau.

Angulema, 2 de Mayo de 1822

COINTET HERMANOS

Debajo de esta cuenta, hecha con la costumbre de un curial, pues seguía hablando con Doublón mientras la hacía, el gran Cointet escribió la siguiente declaración:

«Nosotros los infrascritos, Postel, farmacéutico del Houmeau, y Gonnerac, administrador de diligencias, negociantes de esta villa, certificamos que el cambio de nuestra plaza sobre París es de uno y cuarto por ciento.

»Angulema, 3 de Mayo de 1822.»

—Tenga usted, Doublón—dijo al alguacil.—Hágame el favor de ir á casa de Postel y de Gonnerac á rogarles que firmen esta declaración, y tráigamela mañana por la mañana.

Y Doublón, que estaba hecho ya á estos instrumentos de tortura, se fué como si se tratase de la cosa más sencilla. Era evidente que, aunque el protesto hubiese sido enviado como en París, bajo sobre, todo Angulema hubiera sabido el desgraciado estado en que se hallaban los negocios de aquel pobre Sechard. ¡Y de cuántas acusaciones no fué objeto su apatía! Los unos decían que estaba perdido á causa del excesivo amor que sentía por su mujer, y los otros le acusaban de querer demasiado á su cuñado. ¡Y qué atroces conclusiones no sacaba cada uno de estas premisas! Nunca debía uno asociarse á los intereses del prójimo. ¡Y hasta se aprobaba y se admiraba la dureza de Sechard para con su hijo! Ahora, vosotros todos los que por cualquier razón no podéis cumplir *vuestros compromisos*, examinad bien los procedimientos perfectamente legales por medio de los cuales se saca en banca veintiocho francos de interés á un capital de mil francos.

El primer artículo de esta *cuenta de resaca* es la única cosa incontestable.

El segundo artículo contiene la parte del fisco y del alguacil. Los seis francos que percibe la Hacienda registrando las penas del deudor y poniendo el papel timbrado procurarán aún larga vida al abuso. Por otra parte, ya sabéis que este artículo da al banquero un beneficio de un franco cincuenta céntimos á causa del descuento hecho por Doublón.

La comisión de medio por ciento, objeto del tercer artículo, está justificada por el ingenioso pretexto de que el no recibir el dinero equivale, en banca, á descontar un efecto. Aunque la cosa sea completamente contraria, nada más semejante que dar mil francos ó no recibirlos. El que haya presentado efectos á descontar, sabe que, además del seis por ciento de ley, el banquero retiene, á título humilde de comisión, un tanto por ciento que representa los intereses que le da el talento con que puede manejar sus fondos. Cuanto más dinero puede ganar, más os pide; de manera que es preciso llevar siempre á descontar á casa de los tontos, porque así es menos caro. Pero ¿es que hay tontos en el negocio de banca?

La ley obliga á certificar por medio de un agente de cam-

bio la situación de éste, y en las plazas que tienen la desgracia de carecer de Bolsa, el agente de cambio es sustituido por dos negociantes. La comisión de corretaje debida al agente está fijada en un cuarto por ciento de la suma expresada en el efecto protestado. Se ha introducido la costumbre de contar esta comisión como entregada á los comerciantes que reemplazan al agente, y el banquero se la guarda muy guapamente en su caja. De aquí el tercer artículo de esta hermosa cuenta.

El cuarto artículo comprende el valor de la hoja de papel timbrado en que se redacta la cuenta de resaca y el del timbre, por lo que recibe el ingenioso nombre de resaca, es decir, el nuevo interés que el banquero cobra á su colega para indemnizarse.

El quinto artículo comprende el importe de los portes de las cartas y los intereses legales de la suma durante todo el tiempo que pueda faltar de la caja del banquero.

Finalmente, el cambio de plaza, que es el objeto propio de la banca, es lo que se carga al final por el trabajo de cobrar en una plaza lo que debía de percibirse en otra.

Ahora, examinad esta cuenta y veréis que es una cosa parecida á aquella canción napolitana del polichinela: quince y cinco veintidós. La firma de los señores Postel y Gannerac era evidentemente un mero favor, pues en caso de necesidad, los Cointet certificaban por Gannerac lo que Gannerac certificaba por los Cointet. Los señores Cointet hermanos no necesitaban hacer resaca teniendo cuenta corriente con Metivier, ya que entre ellos un efecto devuelto no producía sino una línea más en el *Debe* ó en el *Haber*.

Esta cuenta fantástica se reducía, pues, en realidad, á mil francos de deuda, al protesto de trece francos y á uno y medio por ciento de interés por un mes de retraso, ó sea, en total, á mil diez y ocho francos.

Si una gran casa de banca tiene, por término medio, una *cuenta de resaca* diaria por valor de mil francos, percibe todos los días diez y ocho francos por la gracia de Dios y las constituciones de la banca, reino formidable inventado por los judíos del siglo xii y que domina hoy los tronos y los pueblos. Expresándonos en términos más claros, resulta que mil francos reportan á una casa de banca veintiocho francos diarios, ó sean diez mil doscientos veinte francos anuales. Triplicad el término medio de las cuentas de *resaca*

y veréis una renta de treinta mil francos reportada por capitales ficticios. Así se comprende que no haya nada que se cultive con más amor que las cuentas de resaca, y aunque David Sechard hubiera ido á pagar su efecto el 3 de Mayo ó al día siguiente mismo del protesto, los señores Cointet hermanos le hubiesen dicho «que habían devuelto el efecto al señor Metivier», aunque la letra se hubiera encontrado aún en su poder. La *cuenta de resaca* se hace la noche misma del protesto. Esto, en términos de la banca de provincias, se llama sacar jugo al dinero. Nada más que los portes de cartas producen unos veinte mil francos á la casa Keller, que negocia con el mundo entero, y las cuentas de resaca pagan el palco en los Italianos, el coche y la modista de la señora baronesa de Nucingen. El porte de las cartas es un abuso tanto más espantoso, cuanto que los banqueros, en diez líneas de una carta, se ocupan de diez asuntos semejantes. ¡Cosa extraña! el fisco tiene su parte en esta prima arrancada á la desgracia, y el tesoro público engorda así á costa de los infortunios comerciales. Respecto á la banca, contesta á los deudores con estas palabras llenas de razón: «¿Por qué no paga usted á tiempo?», á las cuales no hay nada que responder, desgraciadamente. De manera que la *cuenta de resaca* es un cuento lleno de terribles ficciones, por medio del cual los deudores que reflexionen acerca de esta instructiva página, sentirán para lo sucesivo un saludable espanto.

El 4 de Mayo, Metivier recibió de los señores Cointet hermanos la cuenta de resaca, con orden de perseguir en París á D. Luciano Chardón, llamado de Rubempré.

Algunos días después, en contestación á la carta que Eva escribió al señor Metivier, la joven recibió la siguiente misiva, que la tranquilizó por completo:

«AL SEÑOR SECHARD HUGO, impresor de Angulema

»He recibido á su tiempo su apreciada del 5 del corriente. He comprendido, después de sus explicaciones relativas al efecto protestado del 30 de Abril último, que usted había hecho responsable de él al señor de Rubempré, su cuñado, el cual hace bastantes gastos para que sea hacerle á usted un servicio el obligarle á él á pagar; está en situación

ARCHIVO DE HISTORIA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MAYO 1887

de no dejarse perseguir mucho tiempo. Si su honorable cuñado no quiere pagar, contaré con la lealtad de su antigua casa, y me digo como siempre,

»Su muy humilde servidor,

»METIVIER.»

—¡Bien!—dijo Eva á David,—mi hermano sabrá por esa persecución que nosotros no hemos podido pagar.

¡Qué cambio no anunciaba esta frase en Eval! El amor creciente que le inspiraba David, mejor conocido cada día, tomaba en su corazón el lugar del afecto fraternal. Pero, ¡á cuántas ilusiones no decía adiós!

Veamos ahora todo el camino que hizo la *cuenta de resaca* en la plaza de París. Un tercer-pórtador, nombre comercial que se da al que posee un efecto por transmisión, es libre, según los términos de la ley, de perseguir únicamente á aquel de los diversos deudores de este efecto que le presenta la probabilidad de ser pagado más prontamente. En virtud de esta facultad, Luciano fué perseguido por el alguacil del señor Metivier. He aquí cuáles fueron las fases de esta acción, enteramente inútil por otra parte. Metivier, detrás del cual se ocultaban los Cointet, conocía la insolvencia de Luciano; pero, siempre en el espíritu de la ley, la insolvencia *de hecho* no existe *en derecho* más que después de haber sido comprobada. Se demostró, pues, la imposibilidad de obtener de Luciano el pago del efecto de la manera siguiente:

El alguacil de Metivier denunció, el 5 de Mayo, la *cuenta de resaca* y el protesto de Angulema á Luciano, citándole ante el tribunal de comercio de París para oír decir una multitud de cosas, entre otras, que sería condenado á prisión como comerciante. Cuando, acosado como un ciervo, leyó Luciano aquel formulario, recibía la notificación de una sentencia contra él, formulada por el tribunal de comercio. Coralia, su querida, ignorando lo que se trataba, se imaginó que Luciano habría prestado dinero á su cuñado y le dió á la vez todas las notificaciones cuando era demasiado tarde. Una actriz ve demasiados alguaciles en escena para creer en el papel timbrado. Luciano lloró, compadeció á Sechard, se sintió avergonzado de haber hecho la falsificación y quiso pagar. Como es natural, consultó á sus amigos acerca de lo que debía hacer para ganar tiempo; pero cuando Lousteau,

Blondet, Bixiou y Nathán comunicaron á Luciano el poco caso que un poeta debía hacer del tribunal de comercio, autoridad establecida para los tenderos, el poeta se hallaba ya á punto de ser embargado, veía en su puerta aquel anuncio amarillo que tiene la virtud más astringente sobre el crédito, que llena de espanto el corazón de los menores proveedores, y, sobre todo, que hiela la sangre en las venas de los poetas bastante sensibles para tener apego á esos pedazos de madera que se llaman muebles. Cuando fueron á apoderarse de los muebles de Coralia, el autor de las *Margaritas* se fué á ver á un procurador amigo de Bixiou, llamado Desroches, el cual se echó á reír al ver tan espantado á Luciano por tan poca cosa.

—Eso no es nada, querido mío. ¿Quiere usted ganar tiempo?

—El más posible.

—Pues bien, opóngase usted á la ejecución del juicio. Vaya usted á ver á mi amigo Massón, abogado del tribunal de comercio, llévele los documentos, y él le defenderá y anulará la competencia del tribunal de comercio, el cual tribunal no puede oponer la menor dificultad, porque es usted un periodista bastante conocido. Si es usted citado por el tribunal civil, entonces venga á verme, que eso es cosa mía: yo me encargo de mandar á paseo á los que quieran dar un disgusto á la hermosa Coralia.

El 28 de Mayo, Luciano, citado ante el tribunal civil, fué condenado más pronto de lo que pensaba Desroches, pues se perseguía al poeta con verdadero encarnizamiento. Cuando fué practicado un nuevo embargo y otro anuncio amarillo ocupó las pilastras de la puerta de Coralia, Desroches, picado por haberse dejado engañar por su colega, apeló contra el embargo, pretendiendo, con razón, que el mobiliario pertenecía á la señorita Coralia. De la apelación resultó que la propiedad de los muebles fué adjudicada por sentencia á la actriz, y Metivier, que quiso apelar de este juicio, vió denegada su petición por sentencia del 30 de Julio.

El 7 de Agosto, el procurador Cachán recibió por el correo un enorme legajo con el epígrafe: METIVIER CONTRA SECHARD Y LUCIANO CHARDÓN.

La primera pieza era la siguiente nota, cuya exactitud se garantiza por haber sido copiada:

Letra del 30 de Abril último, suscrita por Sechard hijo, á la orden de Luciano de Rubempré (2 de Mayo). Cuenta de resaca:

1,037 fr. 45 c.

5	MAYO.—Denuncia de la cuenta de resaca y de protesto con citación ante el tribunal de comercio de París, para el 7 de Mayo.	8'75
7	ID.—Juicio y condena por falta de pago, con mandamiento de prisión.	35'00
10	ID.—Notificación del juicio.	8'50
12	ID.—Mandamiento.	5'50
14	ID.—Gastos de embargo.	16'00
18	ID.—Proceso verbal de fijación de anuncios.	15'25
19	ID.—Inserción en el periódico.	4'00
24	ID.—Proceso verbal de comprobación que precede al embargo de muebles y que contiene la oposición á la ejecución del juicio por parte de Luciano de Rubempré.	12'00
27	ID.—Juicio del tribunal que, con arreglo á derecho y á consecuencia de la oposición debidamente reiterada, traslada el asunto al tribunal civil.	35'00
28	ID.—Citación mediante plazo breve, por Metivier, ante el tribunal civil.	6'50
2	JUNIO.—Juicio contradictorio que condena á Luciano Chardón á pagar el importe de la cuenta de resaca y los gastos hechos ante el tribunal de comercio.	150'00
6	ID.—Notificación del mismo.	10'00
15	ID.—Mandamiento.	5'50
19	ID.—Proceso verbal de embargo que contiene la oposición al mismo por parte de la señorita Coralía, la cual pretende que el mobiliario le pertenece, y pide recurso de alzada en el caso que quisiera seguirse adelante.	20'00
	Providencia del Presidente, que envía á las partes á la audiencia en virtud del recurso.	40'00
19	ID.—Juicio que adjudica la propiedad de los muebles á la dicha señorita Coralía.	250'00
20	ID.—Apelación por parte de Metivier.	17'00
30	ID.—Sentencia confirmativa del juicio.	230'00
	TOTAL.	889'00
	Letra del 31 de Mayo.	1,037'45
	Notificación á Luciano.	8'75
		1,046'20
	Letra del 30 de Junio, cuenta de resaca.	1,037'45
	Notificación á Luciano.	8'75
		1,046'20

Estas piezas iban acompañadas de una carta, en la que Metivier daba orden al procurador de Angulema, Cachán, de que persiguiese á David Sechard por todos los medios legales. Maese Victor Angel Hermenegildo Doublón citó, pues, á David Sechard el 3 de Julio, ante el tribunal de comercio, para el pago de la suma total de cuatro mil diez y ocho francos y ochenta y cinco céntimos, importe de las tres letras y de los gastos hechos ya. El día en que Doublón debía llevarle la orden de pagar esta suma, enorme para el impresor, Eva recibió por la mañana esta terrible carta, escrita por Metivier:

«AL SEÑOR SECHARD HIJO, impresor de Angulema

»Su cuñado, el señor Chardón, es hombre de insigne mala fe, que ha puesto su mobiliario á nombre de una actriz con la cual vive, y usted debió habérmelo advertido lealmente, á fin de que no diese pasos inútiles; y le digo esto, porque aun no he recibido contestación á mi última de 10 de Mayo último. No le extrañe á usted, pues, que yo le exija inmediatamente el pago de los tres efectos y de los demás desembolsos que he hecho.

»Reciba usted mis saludos.

»METIVIER.»

Como ya no había oído hablar más del asunto, Eva, poco conocedora del derecho comercial, creía que su hermano había reparado su crimen pagando las letras falsificadas.

—David, corre ante todo á casa de Petit-Claud, explícale nuestra situación y consúltale.

—Amigo mío—dijo el pobre impresor al entrar en el despacho de su compañero de colegio,—cuando tú has venido á anunciarme tu nombramiento y á ofrecerme tus servicios, no sabía que tendría que echar mano de ellos tan pronto.

Petit-Claud estudió la hermosa figura del pensador que ofrecía aquel hombre sentado en un sofá enfrente de él, pues como conocía mejor que él el asunto que le estaba explicando, no tuvo necesidad de escucharle. Al ver entrar á Sechard inquieto, el procurador se había dicho:

—Ya le tengo aquí.

Escenas de esta índole ocurren con frecuencia en el despacho de los procuradores.

—¿Por qué le perseguirán los Cointet?—se preguntaba Petit-Claud.

Es muy propio de los procuradores el afán de penetrar lo mismo en el alma de sus clientes que en la de sus adversarios, ya que tienen necesidad de conocer lo mismo el anverso que el reverso de la trama judicial.

—Sí, vamos, quieres ganar tiempo—dijo Petit-Claud á Sechard cuando éste hubo acabado.—¿Cuánto necesitas? ¿Algo así como tres ó cuatro meses?

—¡Oh! con cuatro meses estoy salvado—exclamó David, que juzgó un ángel á Petit-Claud.

—Bueno, yo te respondo de que no te tocarán los muebles y de que no podrán detenerte hasta dentro de tres ó cuatro meses... Pero esto te costará muy caro—dijo Petit-Claud.

—¿Qué me importa eso!—exclamó Sechard.

—Sí, vamos, tú esperas ingresos; pero ¿estás seguro de tenerlos?—preguntó el procurador casi sorprendido, al ver la facilidad con que su cliente entraba en sus cálculos.

—Dentro de tres meses seré rico—respondió David con una seguridad de inventor.

—Tu padre está aún muy fuerte y tiene apego á sus viñas—respondió Petit-Claud.

—¿Crees acaso que cuento con la muerte de mi padre?—respondió David.—Estoy sobre las huellas de un secreto industrial que me permitirá fabricar sin algodón un papel tan sólido como el de Holanda y á mitad de precio del actual de algodón.

—Eso es una fortuna!—exclamó Petit-Claud comprendiendo el proyecto del gran Cointet.

—Sí, amigo mío, una gran fortuna, porque dentro de diez años se consumirá una cantidad de papel diez veces mayor de la que se consume hoy. El periodismo será la locura de nuestra época.

—¿No posee nadie el secreto?

—Nadie, excepto mi mujer.

—¿No le has dicho tu proyecto á alguno... á los Cointet por ejemplo?

—Les he hablado de él, pero vagamente.

Un rayo de generosidad inundó la mezquina alma de Petit-Claud, el cual miró si podía conciliarlo todo, el interés de los Cointet, el suyo y el de Sechard.

—Escucha, David, nosotros somos compañeros de colegio y yo te defenderé; pero no lo olvides, esta defensa, contraria á la ley, te costará cinco ó seis mil francos... no comprometas tu fortuna. Yo creo que te verás obligado á repartir los beneficios de tu invento con alguno de nuestros fabricantes; porque ¡vamos á ver! ¿No tendrás que comprar ó construir una fábrica de papel? ¿No necesitarás, además, pagar el privilegio de invención? Todo eso exige tiempo y dinero, y los alguaciles tal vez caigan sobre ti demasiado pronto, á pesar de las evasivas que vamos á interponer.

—¡Oh! yo tengo mi secreto—respondió David con la sencillez del sabio.

—¡Bueno! tu secreto será tu tabla de salvación—repuso Petit-Claud, abandonando su primera y leal intención de evitar un pleito mediante una transacción.—Yo no quiero saberlo, pero escúchame bien: procura trabajar en las entrañas de la tierra, que nadie te vea y que nadie pueda sospechar tus medios de ejecución; porque si no, te quedarías sin defensa... Un inventor es á veces un bobo. Vosotros pensáis demasiado en vuestros secretos para poder pensar en todo. Como estás rodeado de fabricantes, éstos acabarán por descubrir el objeto de tus indagaciones. Cada fabricante es para ti un enemigo, y me haces el efecto de un castor rodeado de cazadores. Procura que no te arranquen la piel.

—Gracias, mi querido amigo, ya me había hecho yo esas reflexiones—exclamó Sechard;—pero, de todos modos, agradezco tu prudencia y solicitud. En esta empresa no se trata de mí; yo, con mil doscientos francos de renta, tendría bastante, y mi padre ha de dejarme algún día tres veces más de lo que necesito... Yo vivo para el amor y para mi pensamiento... una vida celestial... se trata de Luciano y de mi mujer, sólo por ellos trabajo.

—Vamos, firma este poder y no te ocupes más que de tu descubrimiento. El día que necesites esconderte para no ir á la cárcel, yo te lo advertiré la víspera, pues hay que preverlo todo. Después de esto, permítame que te diga que no dejes penetrar en tu casa á nadie que no te inspire plena confianza.

—Cerizet no ha querido continuar el arriendo de la explotación de mi imprenta, y de ahí provienen todos nuestros apuros. No me quedan, pues, en casa más que Marión,

Kolb, alsaciano que me es fiel como un perro, mi mujer y mi suegra.

—Escucha—le dijo Petit-Claud,—desconfía del perro.

—¡Oh! no le conoces; Kolb es como si fuese yo mismo—exclamó David.

—¿Quieres dejarme probarlo?

—Sí—dijo Sechard.

—Bueno, pues, adiós; pero envíame á la hermosa señora Sechard, porque necesito que ella me dé también su poder. Amigo mío, no olvides que tus negocios están muy mal.

Y al decir esto, Petit-Claud, previniendo á su compañero de todas las desgracias judiciales que iban á caer sobre él, le fué acompañando hasta la puerta de su despacho.

—Heme ya, pues, con un pie en un campo y el otro en otro—se dijo el procurador, satisfecho de su gestión.

En medio de las penas que causa la falta de dinero, y de la tristeza que le producía el estado de su mujer, asesinada por la infamia de Luciano, David seguía buscando la solución de su problema. Ahora bien, al mismo tiempo que iba desde su casa á casa de Petit-Claud, mascaba por distracción un tallo de ortiga que había puesto en agua para lograr el enriamiento de los tallos empleados como materia de su pasta para hacer papel. Quería evitar los diferentes destrozos que operan la maceración, el tejido, ó el uso de todo lo que se convierte en hilo, tela ó trapo, con procedimientos equivalentes. Mientras recorría las calles, bastante satisfecho de su conferencia con su amigo Petit-Claud, notó entre los dientes una bola de pasta, la tomó en la mano, la extendió y vió que resultaba una pasta superior á todas las composiciones que había obtenido; pues el principal inconveniente de las pastas obtenidas con vegetales estriba en su falta de flexibilidad. Así, la paja da un papel rígido, casi metálico y sonoro. Estas casualidades sólo son percibidas por los audaces indagadores de las causas naturales.

—Voy á repetir por medio de una máquina y de un agente químico la operación que acabo de hacer maquinalmente—se decía David al mismo tiempo que comparecía ante su mujer, ebrio con la alegría que le producía la creencia en un triunfo.

—¡Oh! ángel mío, no te apures—dijo David al ver que su mujer había llorado.—Petit-Claud me ha garantizado algunos meses de tranquilidad. Nos costará algún dinero; pero,

como me dijo él cuando salió á acompañarme á la puerta, todos los franceses tenemos derecho á hacer esperar á nuestros acreedores, con tal que acabemos por pagarles capital, intereses y gastos... y nosotros pagaremos.

—¡Y vivir!—dijo la pobre Eva, que pensaba en todo.

—¡Ah! es verdad—respondió David llevándose la mano á la oreja, gesto inexplicable que suele hacer siempre el hombre que se halla apurado.

—Mi madre cuidará de nuestro pequeño Luciano, y yo volveré á trabajar de nuevo.

—¡Oh! Eva, Eva mía—exclamó David tomando á su mujer y estrechándola contra su corazón.—Eva, á dos pasos de aquí, en Saintes, durante el siglo xvi, existió uno de los hombres más grandes de Francia, pues no sólo fué el inventor de los esmaltes, sino también el glorioso precursor de Buffon y de Cuvier, toda vez que encontró la geología antes que ellos. Aquel hombre sencillo, repito, Bernardo de Palissy, tenía la pasión de las indagaciones secretas; pero veía en contra suya á su mujer, á sus hijos y á todo un arrabal. Su mujer le vendía sus utensilios, y él vagaba por el campo perseguido... señalado con el dedo, mientras que yo soy amado.

—Sí, muy amado—respondió Eva con la plácida expresión del amor seguro de sí mismo.

—Entonces, se puede sufrir todo lo que sufrió aquel pobre Bernardo de Palissy, inventor de las porcelanas de Ecouén, que fué exceptuado por Carlos IX de la San Bartolomé, y que á la faz de Europa, siendo ya anciano, rico y honrado, dió conferencias públicas acerca de la *ciencia de las tierras*, como él la llamaba.

—Mientras que mis dedos tengan fuerza para sostener una plancha, tú no carecerás de nada—exclamó la pobre mujer con el acento de la abnegación más profunda.—Cuando yo era primera dependienta en casa de la señora Prieur, era muy amiga de aquella preciosa muchacha, prima de Postel, que se llama Basina Clerget; y ésta acaba de anunciarme, al traerme la ropa, que sucede en el negocio á la señora Prieur. ¡Yo iré á trabajar en su casa!

—¡Ah! no tendrás que trabajar mucho tiempo—respondió Sechard.—He hallado...

Por primera vez, esa sublime creencia en el éxito que sostiene á los inventores y les da valor para internarse en

los bosques vírgenes del país de los descubrimientos, fué acogida por Eva con una sonrisa casi triste, al ver la cual David bajó la cabeza anonadado.

—¡Oh! amigo mío, no me burlo, no me río, no dudo— exclamó la hermosa Eva arrodillándose ante su marido.— Ahora veo cuánta razón tenías en guardar el más profundo silencio acerca de tus ensayos y de tus esperanzas. Sí, amigo mío, los inventores deben ocultar el penoso engendro de su gloria á todo el mundo, hasta á sus mujeres... Una mujer siempre es una mujer. Tu Eva no ha podido menos de sonreirse al oírte repetir diez y siete veces en un mes: «he hallado».

David se echó á reír tan francamente de sí mismo, que Eva le tomó la mano y se la besó santamente. Fué aquél un momento delicioso, una de esas rosas de amor y de ternura que florecen en el borde de los más áridos caminos y á veces en el fondo de los precipicios.

Eva redobló su valor al ver que la desgracia redoblaba sus furias. La grandeza de su marido, su sencillez de inventor, las lágrimas que sorprendió ella á veces en los ojos de aquel hombre lleno de corazón, desarrollaron en Eva una fuerza de resistencia inaudita. Una vez más la joven esposa recurrió al medio que tan buenos resultados le había dado, y escribiendo á Metivier le rogó que anunciase la venta de la imprenta, prometiendo pagarle con el producto de ésta y suplicándole que no arruinase á David con gastos inútiles. Metivier no respondió á aquella sublime carta; pero hizo su primer dependiente, comunicando que, por ausencia del señor Metivier, no podría él hacer nada, toda vez que su amo acostumbraba á dirigir por sí mismo sus negocios. Eva propuso renovar los efectos pagando todos los gastos, y el dependiente consintió en ello, siempre que el padre de David Sechard los garantizase por medio de un aval. Entonces Eva se fué á Marsac, acompañada de su madre y de Kolb; y abordando al anciano viñero, estuvo encantadora, y logró desarrugar aquella vieja cara; pero cuando le habló del aval, con el corazón palpitante de emoción, advirtió un cambio completo y repentino en aquella faz vinosa.

—Si yo dejase á mi hijo en libertad de disponer de mi caja, no tardaría en dejarla vacía—exclamó.—Los hijos siempre quieren disponer de la bolsa paterna; pero, ¿cómo me las arreglé yo? Yo nunca costé un céntimo á mis pa-

dres. Vuestra imprenta está vacía; las ratas y los ratones son los únicos seres que hacen allí impresiones. Usted es guapa, y yo la quiero; usted es una mujer trabajadora y cuidadosa; pero, ¡mi hijo!... ¿Sabe usted lo que es David? Un sabio holgazán. Si yo lo hubiese criado como me criaron á mí, sin conocer siquiera las letras, y lo hubiera hecho prensista, tendría rentas. ¡Oh! ¡Ese muchacho es mi cruz! ¡La hace á usted desgraciada! (Eva protestó con un gesto de negación absoluta.) Sí—repuso respondiendo á este gesto.— Usted se ha visto obligada á tomar una nodriza, porque las penas agotaron su leche. ¡Uy, uy! Estoy enterado de todo, y ya sé lo que hablan en la villa de llevarle á los tribunales. Yo no era más que un prensista, no soy sabio, no he sido regente de imprenta en casa de los señores Didot, que son la gloria de la tipografía, y, sin embargo, no he recibido nunca citaciones de los tribunales. ¿Sabe usted lo que me digo cuando recorro mis viñas, cuidándolas, y cuando me ocupo de mis negocios? Me digo: «¡Ah! pobre viejo, ¡cuánto trabajo te tomas en amontonar escudo sobre escudo para dejar tus hermosos bienes á los alguaciles, á los procuradores, á las quimeras y á las ideas!» Mire usted, hija mía, usted es madre de ese muchachito, procure cuidar más á él que á Sechard. Sólo en usted confío. Usted podría impedir la disipación de mis bienes, de mis pobres bienes.

—Pero, papá Sechard, ¡si su hijo ha de ser su gloria, y llegará día en que le verá usted rico por sí mismo, con la cruz de la legión de honor en el ojal!

—Pues ¿qué va á hacer para obtener eso?—preguntó el viñero.

—Ya lo verá usted. Entretanto, ¿se arruinaría usted por mil escudos?... Con mil escudos haría usted cesar las persecuciones... Mire, si no confía usted en él, préstemelos á mí, yo se los garantizaré con mi dote, con mi trabajo.

—¿De modo que es verdad que David Sechard se ve perseguido?—exclamó el viñero asombrado al ver que era cierto lo que él creía una calumnia.—He ahí lo que es saber escribir y firmar. ¿Y mis alquileres? ¡Oh! hijita mía, es preciso que yo vaya á Angulema á ponerme en regla y á consultar á mi procurador Cachán. Ha hecho usted bien en venir... Hombre prevenido vale por dos.

Después de una lucha de dos horas, Eva se vió obligada